



**Francisco Silvera, *La vida de la Cultura o Contra la cultedad*. Sevilla: Editorial La Isla de Siltolá, [Libro de Tientos, 1], 2020, 165 págs.**

“Vivimos una época de emergencia”. Así abre Francisco Silvera su asalto ético a los problemas (y complejos) del presente (que condicionarán el único y posible futuro). Con adjetivos como “extremado, insultante, incorrecto o pornográfico” ha sido descrito este libro, *La vida de la cultura*, libro valiente en todos los sentidos, a favor de una cultura crítica y necesaria, y en contra de esa “cultedad” corta de miras, reaccionaria y adocenada que copa buena parte de los puestos de poder de la industria cultural *et ali*. Reaccionaria por igual, tanto a derechas como a izquierdas.

El libro no deja títere con cabeza, mientras nos arrastra desde la primera línea a un mar (va y ven) igual, pleno de certezas e incertidumbres. Nos gustaría ver en este libro, en cierta medida, nuestro “Indignaos”: voz que grita para reocupar (también recuperar) la vida, que habla por todos y por nadie. Es *La vida de la cultura* un arma de guerra para la única guerra que nos pueda interesar, la de las ideas que conforman nuestra realidad, eso que se ha venido llamando “nuestra cultura”.

Frente a la Globalización que “ha convertido el planeta Tierra en un gigantesco mercado” (p.13), Francisco Silvera apuesta por la ética y el compromiso. Sin utopismo ni revolución (y mucho menos aún, revolución violenta). “Sin pretender prefigurar u organizar el futuro” (p.16), pero con la conciencia de la necesidad de posicionarse, porque “perderemos la vida y la paz si no sabemos mover las fichas” (p. 18). Frente a dicho panorama y su emergencia –histórica y climática- opone con urgencia la vida y el placer.

Silvera escribe casi sin esperanzas (aunque su libro concluya con un explícito “ojalá”), con cierto miedo al futuro (y el horror presente en la mirada), pero lleno de alegría hedonista.

El panorama ambiental (climático), social y económico tras la pandemia se anuncia ya desolador. La pandemia, para colmo, ha servido para potenciar aún más y sacar a la luz los defectos y miserias de esta sociedad y su “cultura”, modificando (como estamos viendo) nuestras ideas sobre la libertad, la intimidación, la dignidad. “La cuestión no es cómo acabar con el Mercado Global, eso es locura planteárselo. La clave radica en cómo transformar, en cómo protegernos” (p.15), como asumir también la contradicción (dialéctica) de estar en, ser críticos con, sin caer en la autocomplacencia y la inacción. Quizás la llave con la que Silvera abre esta espita sea un cierto pesimismo estoico pro activo, teñido de hedonismo ético respetuoso y tolerante, desde la recuperación del Humanismo y la defensa de los derechos humanos.

El valor de la contradicción (interna pero también social) es defendido por el autor con ahínco y con solvencia. Nuestras contradicciones nos caracterizan,

nos humanizan más: así puede entenderse que Silvera apueste por un humanismo y al mismo tiempo escriba “contra la humanidad” (p. 93), o que se asuma progresista “contra el progreso” (p.71), que defienda nuestra crítica y nuestra conciencia libre “contra la mente” (p.65). Todas estas “contradicciones” se resuelven en sentido, pero no un sentido fácil y ramplón, sino complejo y compartido, de verdadero valor epistemológico.

En este ensayo (o tiento) el autor derrocha fuerza, amor e ideas por igual en cada página. En forma de aforismos da puntadas a la tela de nuestra conciencia, sentencia y duda por igual, dice y contradice; siempre apunta, tienta, ilumina... nuestra condición humana y algunas de las miserias con las que convivimos y contra las que desde ya deberíamos actuar. Por nuestra propia supervivencia.

Silvera incita a parar, a frenar y pensar (¿fuera de lo común?) ante la radicalización y la precipitación de lo peor de nosotros mismos en el alambique social de nuestra época. “Estructurar la paciencia y el cálculo, la reflexión” (p. 11), mediante la pluralidad y la vocación de ser polifónicos, previendo el contrapunto, la divergencia y la música compleja.

Subrayo con energía una verdad que comparte: “[...] hemos de acostumbrarnos a usar la Razón... no a tenerla” (p.12). Imbuidos en este medio gritón y cochambroso al que no pocas veces se reduce el debate público en España (“Escribir en España es llorar”, *apud* JRJ), no es extraño que Silvera cargue sus tintas contra algunas de las muchas basas que sostienen tanta columna de falso templo. “La verdadera revolución pendiente de la Humanidad es anteponer la Cultura (análisis crítico) a la economía”.

“No es acercar la Cultura al pueblo, eso es elitismo controlador y conservador, siempre interesado, sino acercar al pueblo a la Cultura, esto es: al estudio, a la puesta en duda, a la crítica y la desfanatización, al abandono de la idea según la cual las tradiciones son la Cultura” (p. 135), redundante, frente a la tradición que hiere (y mata), la letra muerta de la vieja y nueva escolástica. Pero va más allá, las estructuras de poder detrás de iglesias, la represión sexual y social que muchas religiones

(o visiones de la misma) han defendido y promueven con virulencia desde los sectores más ultramontanos. Y frente a ello, “la libertad de pensamiento claro”, pero sobre todo “un contexto donde poder ejercerla”: frente a la “moral”, la ética.

Su crítica es también en muchos sentidos anticapitalista, pero nunca desde una perspectiva economicista y -como se encarga de subrayar- para nada utopista. Su propuesta es, por tanto, personal y reformista, por una reforma que debe venir de una “revolución de intereses”, más que de un cambio radical del que descrea, y al que teme tanto como al otro, “pueblo” reaccionario y pacato. La solución no es por tanto, y solo, política. La “única opción para evitar el conflicto es convulsionar el supuesto (¿dónde está?) mundo de la Cultura y sensibilizar a partidos y organizaciones que pretenden ser una alternativa política a fin de que no abandonen la Educación, los Servicios Sociales, la Sanidad... lo Público como garantía para no caer definitivamente en las manos de quienes, ciegos de riqueza y poder, jamás verán lo que les estamos planteando sobre la dignidad humana” (p. 18). Creo que quedan claros cuáles son los miedos y compromisos que le empujan y como su compromiso ético queda siempre subrayado, verdadera llave de paso que deja correr (o no) el agua. “La ética debe ser la condición de la Economía y no al revés...” (p. 153). Pues a pesar de que aparenta escribir “contra la economía” (como contra la historia, contra el progreso, contra la humanidad) en realidad parece un libro escrito *por* otra economía, *por* otra historia, *por* otra humanidad. O como dice al final de su prefacio: “la Tierra, la Humanidad necesitan ética, esto es: reflexión permanente y abierta sobre lo que debemos hacer, decidir” (p. 20).

El libro se estructura en un prólogo (a favor de la cultura necesaria), 22 capítulos (en los que analiza y crítica buena parte de los tópicos de nuestra cultura) y un epílogo contra la diplomacia que subraya la importancia de cierta conciencia internacional en la que defiende una lectura inversa de la Globalización, donde si está tiene un sentido es “[...] armonizar el respeto a la dignidad humana en todo el planeta” (p. 153).

Podríamos decir que su cultura es elitista, pero no a la manera de la elite antigua (elite “culturalista” a la que critica por esa pseudocultura acumulativa y postiza). Es elitista porque es propia e individual y porque proporciona a quien la desarrolla su propia singularidad, chocando por ello forzosamente con la tradición y la mediocridad reinante. Su cultura es reflexión, nunca folclore. Verdad y consecuencia, no un valor para decorar en el salón. La crítica al medio cultural español (“una gran alcantarilla”) es vehemente, pero resalta por lo profunda y atinada, incluso si no se comparten todas sus aseveraciones (por ejemplo, al de este elitismo “obligado”). La denuncia del medio lleva a la denuncia del racismo cultural y la pose que domina buena parte del sector, al mercantilismo de la Industria (p. 29), a la mercadotecnia, la erudición, la crítica literaria y la escolástica: ese “[...] negocio indecente de vender un desecho envuelto con una pulcritud tan solo aparente” (p. 30). No todo en el libro es negación o crítica (aunque es fundamentalmente una invectiva, polémica y atornadora contra la parálisis presente). También “escribe para compartir, no para enseñar”, igual que “se lee para aprender, no para ver cómo vive o vivió un mito” (p. 31). Entre las certezas que Silvera nos confirma, el valor de sus reflexiones apunta a la verdadera sabiduría (al conocimiento), y de tanto en tanto al arte y la escritura que son, siempre, su punto de partida: “[...] la lectura nos salva del exterminio unificador” (p. 33).

La crítica a las religiones sobresale, como decimos, entre otras muchas críticas del libro, por su insistencia; crítica que se dirige tanto contra dios como contra la religión y la creencia. El respeto a la libertad de culto (personal y de conciencia) no está reñido con esta crítica, en ocasiones feroz, despiadada. Sin duda, la inteligencia contra la fe, o la comprensión de cierta espiritualidad frente a un total rechazo de la religión. Así, nos conmina Silvera con sinceridad humana (muy humana): “Olvida la solemnidad, asume tu dolor y acepta tu hedonismo” (p. 37). No solo de Epicuro bebe Silvera. Galdós, Juan Ramón Jiménez, Nietzsche, Ortega, Marx sin los

marxistas (y más aún y sobre todo: contra los Estados pretendidamente marxistas), he ahí algunas de las múltiples referencias que maneja en este ensayo. Su lectura es personal y extensa. Y, sin duda, aunque no citada, su discurso responde a preguntas planteadas en obras como la *Dialéctica de la ilustración* (Adorno-Horkheimer) y a la crítica —desde dentro— de la posmodernidad circundante tras el caduco y confundido “fin de las ideologías”. El proyecto moderno de la ilustración es la clave del arco con que Silvera apunta a esta presa. Un proyecto que debe actualizarse con dos presupuestos fundamentales que él nombre, con lucidez popular, “el coño y la tierra”. El feminismo, pero no solo como fenómeno de lucha por la igualdad sexual y social, sino como feminización de nuestra sociedad y, sobre todo, de nuestra economía. Y la Tierra, único horizonte y marco de expectativas desde donde (re)pensarlo todo. “En nuestras manos queda recuperar la empatía, la tierra, la vida. Incluso asumir la catástrofe como parte de la realidad” (p. 153).

La postura de Silvera es ética y necesaria. En otros libros anteriores, vimos al orfebre del lenguaje, al crítico y pensador. Se nos representa aquí como intelectual comprometido que ante la sucesión de esta película de terror busca “[...] generar una corriente de opinión basada en el sentido común, libertina y culta, dispuesta a enfrentar los problemas reales de los seres humanos anteponiendo unos derechos básicos a toda opción moral, pensamiento político, creencia, morfología corporal o situación económica” (p. 19). En el fondo no está lejos de pensar en una cierta sociedad de especie en la que predominase la libertad de conciencia y que sin prisa construyera oportunidades para todos. Pues como dice Silvera: “Hemos de ser humanos en cualquier parte del planeta” (id.), incluso en este tiempo, en este país. Quizás así podamos decir, con Cernuda, que el hombre es libre “del mundo primitivo a que hemos vuelto / de tiniebla y horror”.

**Carlos León Lique**